

Victor , Serge. **Desafíos y limitaciones del movimiento social en África** . *En: OSAL : Observatorio Social de América Latina. No. 9 (ene. 2003-). Buenos Aires : CLACSO, 2003- . -- ISSN 1515-3282*

Disponible en:<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/osal/osal9/victor.pdf>

Red de Bibliotecas Virtuales de Ciencias Sociales de América Latina y el Caribe de la Red CLACSO
<http://www.clacso.org.ar/biblioteca>
biblioteca@clacso.edu.ar

Desafíos y limitaciones del movimiento social en África¹

Por Serge Victor*

1. El contexto post-colonial

En ninguna parte del mundo el impacto del neo-liberalismo fue tan devastador como en el continente africano. Hace ya dos décadas que la mayoría de los Estados africanos se encuentran en una catástrofe permanente marcada por el hambre, la proliferación de grandes epidemias, la destrucción de las tenues conquistas de la descolonización, la multiplicación de las peores prácticas predatorias, genocidios, saqueo de recursos, todo ello resultado de una mundialización que toma la forma de una masacre.

■ El gran fracaso

Es necesario constatar que el proyecto promovido por el movimiento anti-colonialista y los Estados africanos que resultaron de él, ha fracasado. Ciertamente, este proyecto estaba sometido a un contexto hostil. Sin embargo, incluso cuando las condiciones se presentaron más favorables, las dinámicas internas condujeron a una polarización entre un Estado predador acaparado por las nuevas elites, muy a menudo en convivencia con el imperialismo, y las masas urbanas y rurales. Aquí y allá, aparecieron embriones de proyectos nacionales y populares, pero ninguno alcanzó un estado de madurez. No se puede, por lo tanto, minimizar estas dinámicas internas: esto no cambia el hecho que el sistema capitalista globalizado haya actuado como un catalizador y, a la vez, beneficiario de este fracaso.

■ Los movimientos de liberación nacional

Particularmente desde el fin de la segunda guerra mundial, en la mayoría de los países africanos se fueron constituyendo movimientos de liberación nacional. Una vez negociada la ruptura con el colonialismo, se erigieron Estados



post-coloniales cuyo objetivo fue emprender la “construcción de la nación”. Según el ugandés Mahmud Madani, la mayoría de las elites, en especial las urbanas, se propusieron *desracializar* el sistema aunque fracasaron en la construcción de una verdadera ciudadanía. Además, y al fin y al cabo, los nuevos Estados post-coloniales, los cuales disponían de estrechas bases sociales, no tenían ni la capacidad ni la voluntad de resistir al imperialismo.

■ El proyecto de Bandung

Sin embargo, las excepciones a esta “regla” fueron numerosas. Argelia fue un caso típico, y más tarde lo fueron las colonias portuguesas de Mozambique, de Angola y de Guinea Bissau. Durante los primeros años posteriores a la independencia, estos países se constituyeron de hecho en una suerte de vanguardia en el continente. Según Samir Amin, el proyecto de Bandung consistía en una serie de reformas en profundidad, implementadas desde arriba y de manera autoritaria, pero con impactos sociales benéficos para la mayoría de la población (escolaridad, salud, etc.). Los movimientos

* Investigador especializado en movimientos sociales africanos.

de las elites urbanas tradicionales fueron puestos al margen o fueron integrados en la fórmula ampliamente expandida del Partido-Estado único. Mucho más virulenta fue la estrategia implementada para reprimir los movimientos de carácter popular. El fracaso de los Estados era patente, en particular en lo que hace a su incapacidad de abordar transformaciones radicales, como la reforma agraria.

■ De las luchas “silenciosas” a las grandes revueltas populares

Al final de los años ‘60, el tanzaniano Issa G Shiji hablaba de *luchas de clases “silenciosas”* en este país ejemplar en lo que hace a los movimientos de liberación nacional. Al final de los años ‘80, se produce un inmenso descontento popular contra el exceso de poderes que estaban en vías de constituirse en una verdadera clase dominante. En la mayoría de los países del continente, la proliferación de grandes revueltas anti-dictatoriales implicó a millones de africanos.

A la crisis económica y social se agrega una grave crisis política, una verdadera crisis de hegemonía. “Los de arriba” no saben más como gobernar, pero ¿qué pasa con “los de abajo”? Uno de los rasgos comunes de la nueva generación de movimientos sociales es la búsqueda de una identidad política. Sin embargo, en gran medida, la contestación social actual acude a un pasado “heroico”, cuya figuras emblemáticas son Lumumba, Ben Bara, Ben Bella, Mandela, Néré, etc.. Más allá de lo simbólico, la mayor parte de las nuevas generaciones militantes admiten que no hay todavía un nuevo proyecto hegemónico que permita unificar a las clases populares y que logre desafiar al sistema capitalista-imperialista. Para ello, será necesario, evidentemente, ir más allá del paradigma de la liberación nacional y de algunos de sus mitos (construcción de la nación, el Partido-Estado autoritario, la modernización calcada de modelos externos, etc.). Dicho esto, en los intersticios del movimiento social, ya se van elaborando respuestas y embriones de alternativas. Este debería ser el punto de partida de nuevas investigaciones. Los breves estudios de casos que consideramos a continuación, en los cuales se examina el desarrollo del “nuevo” movimiento social, intentan aportar en este sentido.

2. República Democrática del Congo: luchar y sobrevivir

■ Un eslabón del imperialismo

La dictadura de Mobutu duró treinta terribles años con el respaldo de los Belgas y de los norteamericanos que apoyaron el asesinato del líder del movimiento nacional, Patricio Lumumba. En los años ‘80, el Zaire cumplió el mandato de los Estados Unidos de aislar a los Estados que se encontraban muy

próximos a la URSS, en particular Angola, así como el de obstaculizar a los movimientos de liberación nacional de Namibia, Zimbabwe y Sudáfrica. Al mismo tiempo, toma forma un movimiento contra la dictadura, principalmente entre los estudiantes de Kinshasa, y en las provincias rebeldes de Kassai, Shaba y los dos Kivus. Estos movimientos, a veces apoyados por la Iglesia, provocaron cierta agitación entre algunos “representantes” que crearon en 1982 la Unión para la Democracia y el Progreso Social (UDPS). Bajo la égida de su jefe, Etienne Tshisekedi, esta se presentó como una alternativa “moderada”.

■ La interminable agonía

A pesar de la represión, el movimiento persistió, como durante las manifestaciones estudiantiles de 1989, contra las políticas económicas elaboradas por Mobutu y el FMI. Frente a las presiones, Mobutu aceptó negociar en el marco de una Conferencia Nacional Soberana (CNS) que debía supervisar la democratización del país. Jugando sobre las contradicciones existentes en el seno de la oposición y entre los partidos y ciertos sectores de la oposición social –en particular, la Iglesia Católica– Mobutu logró sabotear dicho proceso. En consecuencia, el movimiento anti-dictatorial se fragmentó. La UDPS vio disminuido su poder como resultado de las tentativas de negociación establecidas con Mobutu. Los estudiantes y los sectores radicales no lograron poner en práctica una alternativa creíble. Algunos movimientos sociales, con el apoyo de la Iglesia Católica, se refugiaron en el espacio asociativo creando una vasta red de iniciativas de base. En ciertas provincias estas devienen en una suerte de Estado en el Estado, pero no logran articular una acción decisiva contra la dictadura. Las ONGs congoleñas, que de manera muy creativa se consagraron a las urgencias económicas y sociales, abandonaron el campo político por fines prácticos.

Poco a poco, el vacío político deviene aparente. En 1996, una revuelta en principio anodina estalla en el sur de Kivu en el seno de las poblaciones ruandófonas llamadas *bayamulenges*. Estas fueron puestas bajo control de Ruanda donde el Frente Patriótico Ruandés (FPR) quería tomar distancia de Mobutu y apoyarse en las fuerzas militares responsables del genocidio de 1994, refugiadas en el Zaire. Rápidamente, esta revuelta devino la base de la constitución de una coalición heteróclita, la Alianza de Fuerzas Democráticas para la Liberación del Congo (ADFL). Favorecido por la conquista de las principales ciudades del este (Goma, Bukavu, Kisangani), la AFDL, bajo la dirección de Laurent Kabila, se benefició de una vasta coalición de países decididos a terminar con el cáncer del mobutismo. A fines de 1997, la AFDL, encuadrada por oficiales ruandeses y angoleños, ocuparon Kinshasa. Frente a este avance fulgurante, el movimiento anti-dictatorial, tanto político como social, jugó un rol de espectador más que de actor.



■ Emergencia y decadencia del nuevo poder

Kabila, en tanto nuevo presidente autoproclamado, envió mensajes contradictorios. Proclamó la reorganización del país que fue rebautizado República Democrática del Congo. Además, se crearon “comités populares” para que se hicieran cargo de la administración. Los partidos de la oposición, en particular la UDPS, sin haber sido abiertamente proscriptos, fueron marginalizados. Los sectores radicalizados, los estudiantes, las organizaciones de derechos humanos y algunos pequeños partidos de izquierda (como el Frente Patriótico), permanecieron al margen, de manera no muy hostil, aunque se mostraron escépticos frente al nuevo poder. Rápidamente, se desarrolló una nueva polarización en el seno de la AFDL entre sectores próximos a Ruanda —entre los cuales se encontraban organizadores de la rebelión— y Kabila, apoyado por Angola y Zimbabwe. Frente a la actitud de Kabila, que quería autonomizarse de Ruanda, los primeros ocuparon el este del país. Poco después, una operación comando organizada por el ejército ruandés contra Kinshasa, fracasó frente a las tropas de Zimbabwe y Angola. A partir de 1998, esta lucha de poder desencadenó un ciclo de grandes violencias.

Las fuerzas rebeldes organizadas bajo la égida de la Unión Congoleña por la Democracia (RCD) aparecieron rápidamente dependientes de Ruanda. El primer presidente de

la RCD, Ernest Wamba di Wamba, fue eyectado al oponerse a las exacciones del ejército de Ruanda. Una deriva militarista creó en el este del país una situación de ocupación marcada por prácticas de saqueo particularmente violentas. Sectores nacionalistas de la RCD intentaron apoyarse en Uganda para bloquear el avance de Ruanda, pero esta práctica resultó vana: el ejército de Uganda también recurrió al saqueo y al asesinato. En lo que respecta a Kinshasa, el presidente congolés también acentuó su orientación autoritaria: varios jefes de la oposición fueron puestos en prisión y manifestaciones estudiantiles y de mujeres fueron reprimidas violentamente. Paralelamente, fueron promovidas prácticas predatorias por parte de Kabila con el objeto de que el Congo pueda mantener sus aliados de Zimbabwe. Los distintos componentes del movimiento social se fragmentaron aún más, e incluso algunos apoyaron Kabila creyendo que sólo este podía “defender la patria” contra los invasores. Otros se alinearon, tanto como pudieron, en las líneas de los rebeldes de la RCD y en una nueva rebelión impulsada en el norte por Jean-Pierre Bemba, líder del Movimiento Nacional de Liberación Congolés (MLNC). Sin embargo, en su mayoría, las asociaciones rechazaron esta alineación y prefirieron refugiarse en lo asociativo, tal como lo habían hecho luego de la implosión de la CNS durante los años ‘90.

También hubo otro factor que complicó el espacio político congolés: el etnismo, en parte presente en la sociedad

congolesa, en parte importado de Ruanda. Las fuerzas pro-ruandesas de la RCD se apoyaron inicialmente sobre los Banyamulengues ruandófonos, residentes en el Congo desde hace varios siglos. Otras poblaciones ruandófonas como los Tutsis del norte de Kivi fueron también reclutados. Fue en estas condiciones que Kabila desencadenó una suerte de *tutsifobia* recurriendo a temas abiertamente racistas. Esta política fue de hecho reforzada por una sórdida alianza entre Kabila y sus partidarios que contaron con el apoyo del ejército de Ruanda y las milicias genocidas (*Interhamwés*). En gran medida, este etnismo contribuyó a las masacres que se agravaron en el este del país desde 1999.

Durante el período de transición entre el fin del régimen de Mobutu y la instalación en el poder de Kabila, las dos principales potencias imperialistas implicadas –los Estados Unidos y Francia– no cambiaron sus posiciones. Estados Unidos, vía sus aliados de Ruanda y Sudáfrica, se alineó detrás de las rebeliones de 1997 y de 1998. Francia, por su parte, intentó salvar a Mobutu e impedir que la AFDL llegue al poder, y luego replanteó su estrategia para apoyar a Kabila. Hoy, en parte por dejadez, en parte porque temen la perpetuación de una guerra que implicó a más de nueve Estados, Washington como París presionan sobre los protagonistas para que estos hagan cesar los combates.

■ Una situación de graves amenazas

A partir del año 2000 se encaró un proceso de negociación que se vio acelerado por el asesinato de Laurent Kabila en 2001, quién fue reemplazado por su hijo Joseph. Sin embargo, los protagonistas, reunidos en Sudáfrica en febrero de 2002, no pudieron llegar a un acuerdo. En lo que respecta a la RCD y a Ruanda, hay que considerar que Kinshasa se encontraba en una situación de derrumbe social y económico. Dicho esto, la oposición política como social estaba tan atomizada y débil que no pudo organizar una rebelión. Sin embargo, Kabila espera que Ruanda, bajo presión de los Estados Unidos, se vea forzada a retirarse del Kivi escapando a la guerra que le presentan las milicias congoleñas, las *mai-mai*.

En lo referente al MNLC, Jean-Pierre Bemba cuenta con los sobrevivientes mobutistas, entre los cuales algunos disponen de recursos financieros. Sin embargo, el presumido retorno de los mobutistas no inspira confianza. Es muy probable que, en este contexto, las negociaciones devengan

en discusiones en torno a un poder compartido en el cual la división actual del país devendría una realidad permanente y los actores políticos y sociales permanecerían al margen.

“Frente a este sombrío escenario, el movimiento social no representa una fuerza suficientemente intimidante que logre presionar sobre los grandes actores políticos”

Frente a este sombrío escenario, el movimiento social no representa una fuerza suficientemente intimidante que logre presionar sobre los grandes actores políticos. La campaña por la paz, iniciada por el Consejo Nacional de las ONG (CNONG), entre diversas

coaliciones, representó un potencial: ante toda evidencia, la paz es un anhelo de la gran mayoría de los congoleños, cualquiera sea la región donde ellos habiten. Sin embargo, en gran medida, el movimiento social perdió su capacidad de movilización de masas y se refugió en lo asociativo, mostrándose incapaz de forzar a la oposición política a unirse y a posicionarse claramente.

3. El caso de Sudáfrica: neo-apartheid y post-apartheid

■ La victoria de 1994

Al final de los años '80, el régimen del *apartheid* aparecía dividido e incapaz de contener el movimiento de masas o de limitar la acción diplomática del Congreso Nacional Africano (ANC) y de los Estados africanos que se proponían aislar a Sudáfrica. En este contexto, se llevaron a cabo negociaciones que, en 1990, resultaron en un acuerdo que consistió en la liberación de prisioneros políticos –entre los cuales se encontraba Nelson Mandela– la legalización de los partidos (incluido el ANC) y la promesa de elecciones libres. Entre 1990 y 1994 también se llevaron a cabo otras negociaciones que intentaban asegurar una transición “dulce”. La gran burguesía y el imperialismo querían evitar que el ANC realice sus promesas de “nacionalizar la riqueza del país” (tal como fue proclamado en la Carta de la Libertad). Así, resultó que Mandela asumió compromisos en donde el supuesto futuro gobierno del ANC no pondría en cuestión las políticas económicas del *apartheid*. El movimiento social, en su conjunto, no fue informado realmente de este proceso, y en 1994, cuando se llevaron a cabo las primeras elecciones democráticas, las grandes organizaciones populares, junto con el ANC, formularon un programa electoral bastante radical (*Reconstruction & Development Programme* - RDP). El ANC fue elegido por más del 60% de los votos, en una campaña donde los sindicatos, las organizaciones comunitarias y los grupos de jóvenes jugaron un rol central. Sin embargo, los compromisos secretos de Mandela –en particular las negociaciones llevadas a cabo para obtener un préstamo de 750

millones de dólares del FMI– tuvieron un efecto desmoralizador. Además, el RDP fue marginalizado en beneficio de una orientación neo-liberal (Estrategia de Crecimiento, Empleo y Redistribución-GEAR). Las promesas de re-inversión masiva en el sector social se confrontaron con las barreras conjuntamente elaboradas por el gobierno sudafricano y el FMI: reducción del déficit, re-embolso de la deuda, privatización, desreglamentación. Incluso la política de protección de la industria y del sector financiero, erigida en tiempos del *apartheid*, fue abolida en beneficio de una apertura indiscriminada del mercado mundial, lo que provocó una importante fuga de capitales, la devaluación del *rand* (150% desde 1999) y el cierre de varios sectores industriales.

■ Viejos y nuevos movimientos sociales

Al comienzo, las grandes organizaciones sociales, entre ellas la potente central sindical *Congress of South Trade Unions* (COSATU), percibieron esta evolución como un peligro real aunque rectificable. La idea de estos actores (y la del Partido Comunista) consistía en afirmar que era necesario resistir “al interior del ANC” y del gobierno. Varios electos del movimiento popular fueron invitados a formar parte del gobierno en una suerte de equilibrio, en el centro del cual se encontraba Mandela. Luego, durante la segunda elección, en 1999, se acentuará el giro hacia la derecha. Bajo la égida del nuevo jefe, Thabo Mbeki, las políticas neoliberales fueron sistematizadas: orientación prioritaria hacia la exportación, reducción del déficit del Estado –por consiguiente, recortes en los gastos sociales– apoyo a los grandes oligopolios como la Anglo-American que detenta el 60% de los activos industriales y financieros del país. El resultado de estas políticas fue el deterioro de las capas obreras y populares así como el enriquecimiento de un sector de la “clase media” negra. La gran burguesía blanca, prácticamente conservó todos sus privilegios y su riqueza.

Para consolidar esta política, Mbeki intentó fracturar la gran coalición que había llevado al ANC al poder, dividiendo a las clases populares y aislando a los sectores “privilegiados” del sector público y de la gran industria respecto de la masa de semi-desocupados y del proletariado informal. Paralelamente, se orquestó una violenta campaña de prensa para demonizar a los movimientos sociales acusándolos de “hacer el juego a los blancos”. En fin, el gobierno de Mbeki intentó consolidarse dando un carácter continental a su proyecto neo-liberal articulándose con otros Estados en un proyecto por un “nuevo *partenariado* para África” –Nueva Sociedad para el Desarrollo de África (NEPAD)– el cual consistía en una reformulación de las políticas de ajuste del Banco Mundial y del FMI. De esta manera, Mbeki esperaba beneficiarse de una inyección de fondos que permitirían, por una parte, “ajustar” el aparato productivo sudafricano al

mercado mundial, y por otra, re-invertir en lo social para atenuar el shock de las políticas implementadas, en particular de la privatización del sector público.

A partir del año 2000 reaparece, al menos parcialmente, el movimiento social. La confederación COSATU organizó varias huelgas locales y nacionales dirigidas directamente contra las políticas neo-liberales. En las barriadas emerge un nuevo movimiento urbano (*Soweto Electricity Crisis Committee, Orange Farm Water Crisis Committee, Durban Concerned Citizens Forum, Western Cape Anti-Eviction Campaign*). En gran medida, esta “nueva generación” de organizaciones lucha por el agua, la electricidad y el derecho a la vivienda. Desde el movimiento popular, se constituyó otra importante iniciativa que articulaba varias acciones contra el SIDA, las cuales devinieron, de hecho, en una campaña contra el gobierno dado que este ignoró la amplitud y las consecuencias de la epidemia. Finalmente, apareció también una nueva red de iniciativas en el mundo rural –la *Landless Peoples’ Movement*– la cual promovió la ocupación de tierras (60.000 granjas blancas controlan las mejores zonas agrícolas, contra 10 millones de campesinos africanos sin tierra). Hasta cierto punto, los diversos movimientos convergieron, como por ejemplo durante la campaña por la anulación de la deuda (en principio impulsada por ONGs progresistas y sectores de la Iglesia católica). Es im-



portante señalar que en varios casos, estos movimientos populares insisten mucho sobre la democracia directa: reclaman que las negociaciones sean abiertas y transparentes, así como rechazan ser “representados” por delegados.

■ El dilema de la izquierda

En el medio de esta tormenta, el Partido Comunista se encontró arrinconado. Una parte importante de su base y su líder apostaron al movimiento social, en particular en la COSATU. Ciertos líderes comunistas atacan directamente la política del gobierno poniendo en cuestión la alianza entre el PC y el ANC. Pero poco a poco estos sectores fueron marginalizados y en el seno del PC domina un grupo que estima que hay que trabajar “desde el interior” (en el seno de la alianza con el ANC). La izquierda “social” permanece muy presente en el seno de las organizaciones de masa. Sin estar muy decidida respecto a la necesidad de crear una alternativa frente al ANC, esta pone el acento en la resistencia a las políticas neoliberales, a partir de la cual se logró capitalizar una parte importante de las masas. Esta evolución se evidenció en septiembre de 2002 cuando tuvo lugar una coalición entre grupos comunitarios y sindicatos que

salieron a la calle para denunciar al gobierno y al neo-liberalismo en momentos en que se llevaba a cabo la Cumbre sobre el Desarrollo Sustentable de Johannesburgo. Algunas semanas más tarde, más de tres millones de trabajadores harían una huelga de un día contra las políticas neoliberales.

4. Elementos de conclusión

Este análisis breve y parcial sobre ciertos casos permite deducir algunas líneas de fuerza:

- Se está constituyendo un nuevo movimiento social en África. Este movimiento es nuevo por el hecho que no se define según los términos de los movimientos de liberación nacional del período anterior. Dicho esto, la cuestión del imperialismo y del colonialismo permanecen aún presentes bajo la forma “mundializada” a través de los “policías” del neoliberalismo (FMI, Banco Mundial).
- Este movimiento social está fragmentado y le falta coherencia tanto en el plano ideológico como en el plano organizacional.



- El componente urbano del movimiento es todavía el dominante. Se habla de sindicatos, de jóvenes, de estudiantes, de comunidades que viven en las barriadas populares. Estas organizaciones continúan beneficiándose de ciertas ventajas como la tradición organizacional, los medios de comunicación, los recursos intelectuales, etc. Estas conocen también cambios en su orientación: son menos dependientes respecto a los partidos de izquierda, en relación al período precedente, aunque mantienen lazos de proximidad con los partidos.

- Los sectores rurales juegan un rol cada vez más importante. Sin embargo, sería un tanto abusivo hablar de movimientos campesinos, por lo menos a gran escala. Muy a menudo, se trata de iniciativas comunitarias, locales, de luchas de supervivencia, y algunas veces de micro-emprendimientos.

En general, el movimiento social africano se está redefiniendo y reinventando, tanto en el plano político y organizacional como en el cultural. Por cierto, el movimiento debe hacer frente a una gran muralla constituida por Estados predadores aliados al imperialismo y dispuestos a realizar los peores excesos (genocidios, masacres). A su vez, dicho movimiento se muestra vulnerable, frágil y a la defensiva. Como afirma el marroquí Kamal Lahbib del Espacio asociativo, el desafío es inmenso:

“Es necesario poner en práctica una estrategia solidaria y ciudadana que tenga por objeto la emergencia de un contra-poder real. Los discursos progresistas de antaño, fortalecidos tanto por el miedo a la represión interiorizada durante cuarenta años, así como por la preocupación de movilidad social de la elite, que solo se concibe bajo el ala protectora del poder, tornan difícil la puesta en práctica de tal estrategia, cuyo objetivo es la recreación de la ciudadanía a través de iniciativas de desobediencia contra leyes juzgadas contrarias a la dignidad humana. La reivindicación de los derechos se construye no solo contra el poder sino también como contra-poder”.

■ Nota

1 Este artículo es una versión abreviada del texto original; el mismo puede consultarse en la página web del OSAL.

